

## EXCLUSIÓN SOCIAL, PERSONAS SIN HOGAR Y REDES BARRIALES

Santiago Bachiller \*

## RESUMEN

Las teorías sobre la exclusión social se organizan en torno a la noción de desafiliación. A partir de una etnografía con personas sin hogar, se discuten dichas visiones: el énfasis en la ruptura de los lazos sociales silencia la recomposición de los mismos bajo la forma de redes barriales.

PALABRAS CLAVES: Exclusión social, personas sin hogar, reafiliación, redes territoriales

## ABSTRACT

Theories of social exclusion are articulated around the notion of disaffiliation. Taking an ethnography of homeless people as a starting point, this research discusses those theories. I argue that stressing the dissolution of social bonds obliterates the possibility of their reconstruction through territorial neighbourhood networks.

KEY WORDS: Social exclusion, Homeless, Reaffiliation, Territorial networks.

## INTRODUCCIÓN

En la Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales, la situación de la gente que se ve forzada a residir en la calle es descrita bajo la categoría de "*homelessness*". Significativamente, en la versión en castellano el término fue traducido como "desarraigo" o "desafiliación". De esta forma, el *sinhogarismo*<sup>1</sup> es definido como una:

*"desvinculación de la sociedad que se caracteriza por la inexistencia o la debilidad de aquellos lazos que ligan a las personas instaladas en un lugar a una red de estructuras sociales conectadas entre sí (...) En el extremo de la escala, el vagabundo de hoy, el llamado Skid Row Man<sup>2</sup>, demuestra la posibilidad de vivir casi totalmente desligado de la sociedad (...) El vagabundo absoluto es un ser sin ligaduras sociales"* (Bahr et al. 1968:613-614).

A pesar de provenir de una tradición sociológica diferente, las teorías sobre la exclusión social coinciden con los modelos de explicación del *sinhogarismo* en un punto: los procesos de desventajas sociales son interpretados a partir de la noción de desafiliación. La exclusión implica una preocupación que trasciende el plano material, apunta a la relación tensa entre sociedad e individuo, visualizada en el quebrantamiento de los vínculos sociales (Silver 1994). El excluido o desafiliado, es el individuo desligado de las redes básicas de sociabilidad (Castel 1997).

El objetivo del presente trabajo consiste en analizar el concepto de "desafiliación", piedra angular de las teorías sobre la exclusión social y los modelos de explicación del *sinhogarismo*. Se pretende discutir con las imágenes que equiparan a la exclusión con la desconexión y el aislamiento social absoluto. Para ello, la investigación se organiza en torno a las formas de sociabilidad de un grupo de personas sin hogar -en adelante PSH-, el cual reside en la Plaza Isabel II de Madrid -más conocida como Plaza Ópera<sup>3</sup>. A modo de hipótesis se sostiene que la noción de desafiliación

ha tenido tanto éxito, que ha orientado los estudios sobre los procesos de desventajas sociales subrayando las rupturas respecto del mercado de trabajo o de los círculos de sociabilidad primaria. Consecuentemente, el énfasis en la desafiliación ha impedido indagar cómo los lazos sociales se recomponen en el contexto de exclusión. El artículo se centra en el proceso de reafiliación, en la conformación de nuevas relaciones sociales que apuntan a la subsistencia y adaptación material cotidiana, así como a encontrar un sentido de "normalidad" en un contexto dominado por las penurias. La imagen de miles de hombres desconectados de toda estructura social y deambulando por las ciudades es de por sí absurda; sin embargo, ha pervivido en el sentido común y en la literatura sobre los *homeless*. Con la intención de discutir con las perspectivas desafiliatorias, la atención recae en la detección y caracterización de las redes barriales que las PSH han establecido en los alrededores de Plaza Ópera.

<sup>1</sup> "Sinhogarismo" supone una traducción literal del término "*homelessness*", frecuentemente utilizado en el inglés. Considerando que la mayor producción académica sobre el tema se ha generado en Estados Unidos, los especialistas de la materia de habla castellana incorporaron dicho término como propio. En este trabajo los términos "persona sin hogar", "sin techo" o "homeless" son tomados como equivalentes.

<sup>2</sup> Los Skid Rows eran barrios marginados al interior de las ciudades norteamericanas, conformados por pensiones -donde los *homeless* se alojaban en habitaciones infectas-, comedores económicos, agencias de empleos no cualificados, y demás comercios básicos para la subsistencia de las personas sin hogar. Hasta que los procesos de gentrificación acabaron con dichos barrios degradados, estas poblaciones no carecían necesariamente de un techo bajo el cual refugiarse por las noches. Si se los denominó como *homeless* fue por la ausencia de una familia, de un vínculo afectivo que transforme a la vivienda en hogar; por consiguiente, la falta de lazos sociales fue el aspecto predominante en la literatura sobre el tema.

<sup>3</sup> El artículo es producto de más de tres años de trabajo de campo con un grupo de personas sin hogar en la ciudad de Madrid, y forma parte de la tesis doctoral en Antropología Social que he realizado en la Universidad Autónoma de Madrid.

\* CONICET/UNPA. santiago.bachiller@gmail.com

## CUADERNOS 22

## EXCLUSIÓN SOCIAL, SINHOGARISMO Y DESAFILIACIÓN

Las teorías sobre la exclusión social surgieron a mediados de los 1980 en Francia, en un contexto marcado por la crisis del petróleo de los años 1970 que hizo tambalear el modelo de desarrollo y producción dominante. Por consiguiente, estas teorías remiten a una tradición de pensamiento republicana, con una fuerte impronta de la escuela sociológica de Emile Durkheim<sup>4</sup>. Su trasfondo es la relación tensa entre sociedad e individuo, la preocupación por la anomia y el quiebre de la cohesión social. La exclusión supera la dimensión económica y política para centrarse en la disolución del tejido social. Es por ello que, apelando a la retórica de la "solidaridad" y del "contrato social", la "inserción" y la "integración" fueron las soluciones propuestas desde la gestión pública. Según estas perspectivas, la ruptura de las sociabilidades primarias termina transformando las subjetividades.

De tal modo, Paugam (2007) prestó atención a los problemas asociados con la integración, preguntándose por el tipo de vínculos que la sociedad establece con sus márgenes. Este sociólogo entiende a la exclusión en tanto proceso de "desintegración social": el primer factor a tener en cuenta son los problemas de empleo, los cuales inician un proceso de desocialización, de aflojamiento de los lazos sociales, que puede concluir con la inmersión del sujeto en el mundo de la asistencia social. De forma similar, Gaulejac y Taboada-Leonetti (1994) proponen el concepto de "desinserción". A través de las historias de vida, estos autores identifican una primera etapa en el proceso de exclusión, la cual es definida como de desencante. La pérdida del empleo, los divorcios o una enfermedad suelen ser los factores desencadenantes de las rupturas que caracterizan a la exclusión. Por otra parte, la obra de Castel (1997) se centra en la construcción histórica de la sociedad salarial y el papel desempeñado por el Estado en tal sentido. El concepto que acuña para explicar los procesos de exclusión es el de "desafiliación", el cual no supone simplemente una ruptura con el mundo de las protecciones laborales típicas de la época de apogeo de los Estados de bienestar europeos, sino también el quiebre de los lazos sociales. Dicha fractura genera una pérdida del sentido de pertenencia de los individuos respecto de la sociedad. A su vez, Castel concibe a la exclusión a partir de dos variables que se complementan: un vector que permite la integración del sujeto gracias al trabajo, y un eje que pasa por la inscripción en redes familiares y de sociabilidad. Estos enlaces califican tres zonas de cohesión o de densidad de las relaciones sociales: integración, vulnerabilidad y exclusión. La primera supone una conexión exitosa con el mundo del empleo y con los lazos familiares. En la franja de vulnerabilidad comienzan las turbulencias, pues se caracteriza por la precariedad laboral y por una fragilidad en los soportes relacionales. La exclusión, en tanto sinónimo de desafiliación, es el espacio social donde se mueven los individuos desprovistos de recursos

económicos, soportes relacionales y de protección social.

En definitiva, cada autor pone el énfasis en puntos de vista diferentes: Paugam se centra en las instituciones; Gaulejac y Taboada-Léonetti en los individuos; mientras que Castel en la política estatal con relación al salariado. No obstante, todos coinciden en asociar a la exclusión con un proceso de desmoronamiento de las subjetividades. De tal manera, la exclusión no se limita al incremento del paro de largo plazo, sino que abarca la inestabilidad de los vínculos sociales. Las teorías de la exclusión social consideran que la pobreza urbana va de la mano del aislamiento social. Desde tal perspectiva, se sostiene que la reestructuración del mercado de trabajo, conjuntamente con el proceso de urbanización y modernización, ha conducido a la individualización, a una atomización que genera la ruptura de los lazos de parentesco. Así, el desmoronamiento de una sociedad basada en la familia extensa lleva a que se liberen las cargas de parentesco. Esta situación produce efectos diferentes según el tipo de familia con el que se cuente. Para algunos, ello conlleva la posibilidad de escapar de la opresión y del control que suponían los sistemas clásicos de parentesco. Castel analiza las consecuencias adversas para quienes viven en la pobreza y carecen de apoyos sociales apelando a la noción de "individualismo negativo". Se trata de "individuos por defecto", que no logran disfrutar de las ventajas que conlleva la liberación de las tutelas tradicionales.

*"Sin una posición económica holgada, estos sujetos pueden pasar por la experiencia negativa de la libertad cuando, por ejemplo, sobreviene una ruptura del matrimonio (...) uno vive más cómodo en su propia individualidad cuando ella está apuntalada por recursos objetivos y protecciones colectivas"* (1997:476).

En cuanto al sinhogarismo, en Estados Unidos de Norteamérica es donde se ha producido la mayor cantidad de investigaciones sobre el tema. A pesar de haber seguido una tradición de pensamiento diferente a las teorías de la exclusión surgidas en Francia, llamativamente la desafiliación también ha sido la perspectiva dominante en estos estudios<sup>5</sup>. Howard Bahr, principal exponente del enfoque desafiliatorio, describe al sinhogarismo como una condi-

<sup>4</sup> Quien se interese por el recorrido histórico de las teorías de la exclusión, puede indagar en la siguiente bibliografía: Abrahamson (1997), Silver (1994) o Vilasagra Ibarz (2000).

<sup>5</sup> Ya en una fecha tan remota como 1936, Suntherland y Locke (en Snow y Anderson 1993:172) describían a los habitantes de los Skid Rows como "personas sin techo y poco amistosas, aisladas de todo contacto social de naturaleza íntima y personal". Las décadas pasaron, pero las definiciones fueron reproduciendo el mismo tono: Dunham (1953 *Ibidem*) se refería a las PSH como individuos "incompletamente socializados"; Pitman y Gordon (1958 *Ibidem*) utilizaron la expresión "infrasocializados"; mientras que Levinson (1963 en *Ibidem*) planteó la cuestión en términos de sujetos "fundamentalmente separados de la vida social". Al preguntarse por la relación entre anomia y estructura social, Merton (*Ibidem*) caracterizó a "los mendigos" como individuos retraídos. Según este sociólogo, son los continuos fracasos los que llevan a estas personas a renunciar a los principios y las formas legítimas de inserción social, a convertirse en seres asociales. Las bases teóricas estaban sentadas: a mediados de los sesenta Howard Bahr (1973) comenzó sus estudios sobre el Skid Row de Nueva York; a partir de entonces, desafiliación y sinhogarismo son términos que se retroalimentan

## EXCLUSIÓN SOCIAL, PERSONAS SIN HOGAR Y REDES BARRIALES

ción de separación de la sociedad caracterizada por "la ausencia o atenuación de los lazos de afiliación que conectan a las personas con las redes de interconexión estructurales" (1973:17). En definitiva, el *sinhogarismo* es entendido como la forma más radical de desconexión y aislamiento social.

Es posible realizar una serie de críticas a estos enfoques que asocian a la exclusión social en general, y al *sinhogarismo* en particular, como sinónimos de aislamiento social. En primer lugar, no todos los *homeless* se encuentran tan desconectados de sus redes familiares como suele afirmarse desde los modelos de la desafiliación. Por el contrario, las modalidades de *sinhogarismo* varían de acuerdo al tipo de apoyo familiar con el que cuenta el individuo. Variables como el tamaño de la red familia -cuántos más parientes se posee más probabilidades habrá de obtener algún tipo de apoyo-, o el punto del ciclo vital en el que se encuentran la PSH y su familia -la edad o el género son elementos que inciden en el grado de ayuda-, resultan claves a la hora de comprender el nivel de ruptura (Cabrera Cabrera 1998). Es cierto que el *sinhogarismo* suele ser sinónimo de disolución de muchos vínculos, los lazos de quienes padecen tales procesos de desventajas sociales se caracterizan por su fragilidad e inestabilidad. No obstante, las relaciones se recomponen en función del contexto de exclusión. Como argumenta Rosenthal (1994), si el sujeto logra escapar de la situación de calle, es común que recomponga buena parte de sus vínculos sociales primarios. Según este antropólogo, dicha situación demuestra que la distancia con el núcleo familiar antes que ser causa de *sinhogarismo* es consecuencia del estigma y la incapacidad de reciprocidad propia de residir en la vía pública.

En segunda instancia, las imágenes de aislamiento y soledad en parte son consecuencia de las metodologías con las cuales trabajaron los teóricos de la desafiliación: las encuestas de corte sociológico o psicológico limitadas a las PSH que acuden a los servicios sociales diseñados para estas poblaciones. Así, cuando en una encuesta se pregunta a un *homeless* si tiene amigos, si cuenta con apoyo, por lo general contestará negativamente. Esta respuesta dice más sobre cómo las personas se sienten, sobre la soledad como un elemento subjetivo, que sobre los contactos diarios. Si en la misma encuesta se preguntase específicamente por el dueño del bar donde el sujeto desayuna cada mañana, por el empleado que atiende el kiosco que da a la plaza, por la vecina que todos los días pasea a su perrito por Ópera, entonces reconocerá que los mismos son una fuente de apoyo. A través de la observación participante es posible detectar una serie de vínculos, que podrán ser tenues, pero que resultan vitales para la subsistencia cotidiana del sujeto. Mediante dichas técnicas se torna posible profundizar cómo estas redes barriales inciden en los procesos de reafiliación propios del entorno de calle.

Asimismo, las perspectivas clásicas sobre la desafiliación poseen un límite intrínseco: parten de una visión institucional de las relaciones comunitarias, centran su atención en las organizaciones sociales más clásicas. En distintos artículos, Bahr (1967; 1973) se preocupa por medir el nivel

de afiliación de los habitantes de los *Skid Rows* para luego compararlos con otros grupos poblacionales. Los parámetros que le permiten realizar tales mediciones consisten en el grado de contacto que el sujeto tiene en un período de tiempo con instituciones puntuales: la familia, el mercado de trabajo, iglesias, asociaciones recreativas y sindicatos. Preocupados por la conexión que las PSH sostienen con las instituciones tradicionales, los enfoques de la desafiliación olvidaron las potenciales alternativas de reafiliación que se generan en el contexto de calle. Preguntándose por la desconexión, se silenciaron las formas en que los *homeless* reconstituyen sus lazos sociales, así como las dimensiones geográficas en que se desarrollan tales vínculos (Rowe y Wolch 1990). En definitiva, la etnografía permite dar cuenta de una serie de redes informales, de dinámicas barriales que constituyen la cotidianidad de las PSH y que las encuestas sociológicas no siempre logran captar.

Estas son solo algunas de las posibles críticas a los enfoques centrados en la desafiliación. Vale la pena destacar que en la década de 1970 surgió una perspectiva basada en la observación participante que se dedicó a discutir con los supuestos que identificaban al *sinhogarismo* con la desafiliación más extrema (Rooney 1976 y Rubington 1968 en Snow y Anderson, 1993; Spradley 1970; etc.). Probablemente, el aporte más sustancial que realizó la antropología social a la materia haya consistido en reflexionar sobre la vida diaria en la calle, en caracterizar las tácticas de adaptación que desarrollan las PSH (Rosenthal 1994; Liebow 1993; Snow y Anderson 1993). En este trabajo se pretende continuar con dichos enfoques; el objetivo no consiste en analizar las rupturas asociadas con el *sinhogarismo*, sino en resaltar los procesos de reafiliación, cómo los lazos se recomponen en un entorno de exclusión residencial extrema. Se refutan las visiones dicotómicas que simplifican en exceso la realidad social delimitando entre "excluidos o incluidos"; por el contrario, la riqueza del trabajo etnográfico consiste en expresar la gama de matices que se ubican entre los dos polos de las lógicas binarias. Cuestionando los supuestos básicos del modelo teórico de la desafiliación, se presta especial atención a las relaciones y dinámicas espaciales que despliegan los *homeless* en el barrio donde se han instalado. Por otra parte, la exclusión no se circunscribe a un ámbito material. De tal modo, las prácticas de las PSH también son analizadas en tanto tácticas emotivas, como la búsqueda de un sentimiento de "normalidad" a partir de la inclusión en un territorio determinado.

En definitiva, las perspectivas desafiliatorias han tenido tanto éxito que orientaron los estudios sobre los procesos de desventajas sociales hacia las rupturas, silenciando los procesos de recomposición de redes bajo un contexto de exclusión. Dicho énfasis en las rupturas posee consecuencias epistemológicas y políticas. Epistemológicas porque nos conduce a interpretar los procesos de desventajas sociales en términos de una exclusión que se equipara con individuos aislados. Políticas porque estos enfoques inciden en las modalidades de intervención; como veremos en la conclusión, las respuestas políticas propias de un paradigma como es el de la exclusión son los denominados "Programas

## CUADERNOS 22

de Reinserción". La propuesta subyacente en tales programas consiste en reinsertar en el tejido social a un individuo que supuestamente se ha desenganchado de las dinámicas sociales, a un sujeto que aparentemente flotaría a la deriva por fuera de las estructuras sociales.

PROCESOS DE REAFILIACIÓN: ARRAIGO TERRITORIAL Y RELACIONES CON LOS VECINOS DEL BARRIO

El aislamiento social inherente en la noción de desafiliación se basa en dos supuestos fuertes: la ausencia de redes sociales y la falta de arraigo territorial. Pretendiendo discutir con estas presunciones, en el presente apartado se detectan los procesos de reafiliación que surgen en el contexto de calle considerando las redes barriales que las PSH tejen en los sitios donde se han instalado. Más concretamente, se indaga en los vínculos que un grupo de PSH ha logrado establecer con vecinos, empleados y comerciantes que trabajan en los alrededores de la Plaza Isabel II de Madrid. Es preciso dejar en claro que las redes barriales de las PSH también se conforman a partir del contacto con empleados de los recursos sociales para *homeless* ubicados cerca de la Plaza Isabel II, así como de la interacción con otros sin techo. Sin embargo, por una cuestión de espacio, tal tipo de conexiones no serán abordadas en este artículo.

Es en el barrio donde se refuerzan los estigmas que generan una sensación de distancia social en las PSH. La violencia explícita, por lo general nocturna contra quien se encuentra durmiendo en la vía pública, es la modalidad más radical de desprecio. No obstante, son más corrientes otras formas más sutiles de rechazo hacia las PSH. Hay miradas, palabras o gestos, que pueden ser aún más dolorosas que una paliza. La negativa a compartir un mismo espacio ejemplifica el concepto de estigma, en tanto miedo a la contaminación (Goffman 2001). El contacto estrecho con quienes son considerados como "marginales" conlleva el peligro de la "infección anómica"; la sospecha de infringir determinadas normas recae en quienes sostienen algún tipo de relación con los miembros del grupo que ha sido calificado como "marginal". En consecuencia, *"un insider que tiene trato con unos marginados corre el peligro de perder estatus en su propio grupo establecido"* (Elias 1998:95).

Por consiguiente, al dedicar un análisis sobre las relaciones que se establecen con los vecinos del barrio, es necesario aclarar que la situación más corriente es el desconocimiento mutuo, que no exista trato alguno. No obstante, en tanto espacio público, la calle supone la posibilidad de comunicarse, un sitio de encuentro. En tal sentido, la cercanía física es de una importancia evidente: *"a mayor vecindad, mayor interacción social y mayores oportunidades de intercambio"* (Lomnitz 1975:28). La presencia constante en un terreno genera lazos regulares que a su vez implican recursos materiales y emotivos: ser visible es particularmente importante para quienes escapan de los servicios sociales (Quaglia 2005). Así lo refleja la siguiente nota de campo, cuando acompañé a una trabajadora social en sus recorridos por Madrid.

*Nos acercamos a Rubén. Me llama la atención el espacio que este hombre ocupa de la vía pública: unos cinco metros de vereda. Se instala sobre una cama con sus respectivas mantas; debajo de la misma y a los costa-*

*dos observo numerosas bolsas, diversas cajas de cartón, libros, periódicos y demás objetos. Me impresiona enterarme que Rubén duerme allí también en invierno, pese al frío. Parece ser que los vecinos lo ayudan constantemente. La trabajadora social me cuenta que en más de una ocasión llegó y encontró al hombre comiendo un plato caliente que le había bajado algún vecino (17 de Septiembre de 2004)*<sup>6</sup>.

Los lazos regulares en un espacio concreto pueden derivar en redes sociales. Rowe y Wolch (1990) definen a las redes sociales como la interacción social de un individuo con un conjunto finito de gente. La red social es entendida como un mapa espacial y temporal de interacciones sociales repetidas. Estas interacciones recurrentes ocurren en el curso del recorrido cotidiano de un individuo a través del espacio y del tiempo, dando forma y a su vez siendo conformadas por las redes sociales.

En el caso de quienes disfrutan de un domicilio, las redes primarias se constituyen a partir de las relaciones que el individuo genera en los ámbitos donde pasa la mayor parte de su tiempo: en el hogar con su familia, en el empleo con sus compañeros de trabajo, etc. Vivir en la calle afecta el tipo de conexión que el sujeto establece con sus redes primarias, pero ello no implica asumir que el *sinhogarismo* equivalga al aislamiento social. Por el contrario, el *homeless* se ve forzado a conseguir recursos dependiendo de las instituciones sociales y del espacio público, lo cual conlleva a que sus redes difieran en cuanto a la composición y organización social respecto de las redes de quienes poseen un hogar. A su vez, la formación de redes trasciende lo material, implica una táctica emotiva que apunta a conectarse con quienes disfrutan de un domicilio (Rosenthal 1994). En tal sentido, la necesidad de ampliar el círculo de sociabilidad más allá del vínculo que los une con otros *homeless*, debe ser comprendida como un esfuerzo por lograr cierta sensación de "normalidad", de inclusión en las dinámicas barriales. Sólo así el sujeto logra soportar emocionalmente el estigma de encontrarse residiendo en la vía pública.

Son numerosos los ejemplos que demuestran como los miembros de Ópera han conformado una serie de redes enraizadas en el territorio. Tal es así que, al igual que ocurrió con las PSH, con el paso del tiempo comencé a ligar los rostros de nueve vecinos con una identidad e historia de vida: Andrés vive en un edificio de la calle Arenal que da a la plaza, Juanjo es quien suele llegar por las noches con ropa, Antonio es el dueño del bar "El Trébol", las mujeres que sacan a pasear a sus perritos por Ópera se llaman Gloria y Matilde, etc. Por otra parte, el nivel de éxito con el que estos sin techo han entablado redes barriales varía de acuerdo a factores como el tiempo de estadía en la calle -cuanto más prolongado es el período de *sinhogarismo* en un mismo terreno, mayores posibilidades habrá de establecer redes-, el grado de movilidad de la persona -los *homeless* que adoptan patrones sedentarios dependen más de las relaciones barriales respecto de quienes constantemente cambian de sitio-, el tipo de ayudas familiares o de amistades de las

<sup>6</sup> Buscando preservar la identidad de quienes han colaborado con esta investigación, los nombres de los informantes han sido modificados.



## EXCLUSIÓN SOCIAL, PERSONAS SIN HOGAR Y REDES BARRIALES

que disponen -cuando se cuenta con un apoyo familiar no se torna tan imprescindible generar lazos barriales-, etc<sup>7</sup>.

Por otra parte, sus redes no están construidas al azar, sino dentro de un contexto social específico: la calle. Por consiguiente, sus afiliaciones son frágiles, se ven obstaculizadas por diferentes necesidades, como la competición por los recursos, el atractivo del escape individual, el proceso de etiquetación y el miedo al estigma, las divisiones sociales y frecuentemente los límites espaciales (Rosenthal 1994). Así, por lo general sus redes se ven empobrecidas, tanto en términos de bienes materiales como de número de gente dispuesta a compartir con ellos los recursos. Pero mientras el contexto estructural de sus vidas hace difícil sostener las afiliaciones, el deseo de mantener o crear relaciones no se ha extinguido como suele sugerirse. La tensión latente entre los deseos de establecer vínculos y los límites intrínsecos asociados con la vida en la calle conllevan a que las redes de las PSH varíen enormemente en cuanto a calidad -en función de proveer ayuda emocional-, cantidad -¿cuánto apoyo emocional recibe?, ¿qué tan frecuentemente ve a sus amigos o familiares?-, multiplicidad -¿el amigo o familiar provee sólo apoyo material o también compañía?-, y simetría -¿ambas partes intercambian un valor equivalente de ayuda? (*Ibidem*). Bruno es con toda seguridad quien posee mayores ayudas en la plaza. Esta situación se explica, en primer lugar, por ser una de las personas con más antigüedad en los alrededores -lleva dieciséis años en Ópera-; en segundo lugar, su discapacidad física -padece las secuelas de la poliomielitis que lo afectó siendo niño- le impide trasladarse a otras zonas, lo ha forzado a entablar contactos en el barrio, así como probablemente haya generado una mayor compasión entre los vecinos.

Una noche por semana llega Juanjo con su automóvil cargado de indumentaria y comida. Pero los favores de este antiguo vecino del barrio no se limitan al plano material; por el contrario, este hombre fue una figura importante a la hora de lograr que uno de los integrantes de la plaza tuviese un funeral digno. Otro ejemplo: Carlos se gana la vida tocando la guitarra en la vía pública, y en determinadas épocas del año se ubica justo frente al portal donde duermen algunos de los integrantes de Ópera. Así, entre tales hom-

bres se ha conformado un vínculo que, si bien sería exagerado calificar como amistad, seguramente podría ser descrito como de simpatía mutua. También puede ocurrir que sea alguno quien cuide de una PSH enferma. Ricardo se codea con mucha gente de la zona, pues lleva más de una década en Ópera. Conversando con un vecino, logró conseguir un trabajo como empleada doméstica a su actual pareja -una mujer recién llegada de Bulgaria, a quien conoció en los asientos de la plaza. Los vecinos que pasean a sus mascotas por la plaza son uno de los grupos con mayores posibilidades de entablar relación con las PSH. No obstante, tal vez la imagen más característica de las relaciones barriales consista en las conversaciones que las PSH tienen con los jubilados que, como ellos mismos, pasan horas en los bancos de la plaza. Estos ancianos disponen de mucho tiempo, y es frecuente que acudan a la plaza buscando mitigar el sentimiento de soledad y aburrimiento.

La situación de las personas que ejercen la mendicidad, o venden los objetos que rescatan de la basura en puntos fijos de la ciudad, merece un análisis aparte. Tal como sostiene Martínez Pérez (1997), una de las simplificaciones que de forma generalizada encontramos en la literatura sobre redes, consiste en que la mayoría de los autores no incluyen en sus análisis las relaciones basadas en el conocerse de vista. Y sin embargo, "*el usuario del espacio urbano es casi siempre un transeúnte, alguien que no está allí sino de paso*" (Delgado 1999:35). No obstante, si no somos capaces de seguir la propuesta de Simmel (*Ibidem*) de capturar lo fugaz en el espacio público, las situaciones o relaciones de tránsito entre quienes no se conocen o apenas se conocen, nos perderemos buena parte de las interacciones diarias de las PSH. De hecho, los *homeless* habitualmente adoptan el mecanismo de conocer de vista a determinados transeúntes para hacerse con una "clientela". A pesar de no manejar información vital de estas personas, logran desarrollar una relación cordial. Además, en ocasiones puntuales el vínculo puede trascender la dimensión monetaria: ya sea porque la ayuda se traduce en otro tipo de recursos -me ha tocado constatar cómo el apoyo se materializa en la entrega de indumentaria, comida para el perro de la PSH, una revisión médica gratuita cuando el "benefactor" ejerce tal profesión, etc.-, o porque con el transcurrir temporal ambas personas profundizaron su relación. En tales casos, la PSH define su actividad en términos similares a los de un trabajo. Esto es así no sólo por el beneficio económico que obtiene, sino también por emular el tipo de relaciones sociales que se generan en dichos ámbitos. Para poder ser identificado y sostener la relación, es necesario repetir una rutina; de tal modo, Rowe y Wolch (1990) sostienen que las actividades asociadas con un espacio fijo, como por ejemplo la mendicidad, reemplazan las redes que se conforman en los ámbitos laborales. A partir de entonces, muchos de los contactos cotidianos ocurren bajo tal contexto. Al fijar las interacciones con la comunidad domiciliada en un tiempo y espacio concreto, la PSH experimenta cierta sensación de "normalidad". La importancia de la rutina, de la repetición de las prácticas, reside en la percepción que genera en el sujeto la continuidad espacio-temporal de los recorridos rutinarios (Wolch *et al.* 1993).

Por otra parte, las relaciones barriales no se reducen a

<sup>7</sup> Un dato sobre la conformación de redes barriales: en la investigación realizada por Muñoz con PSH en Madrid (*et al.* 2003), al preguntar a quién recurriría en caso de enfermedad, los vecinos ocuparon el segundo puesto. Asimismo, Cohen (*et al.* 1988) analizan cómo se relacionan las tácticas de subsistencia y los vínculos sociales de los ancianos que habitan en el Skid Row de Nueva York. A modo complementario, compara las relaciones sociales de tales individuos con la sociabilidad de los ancianos de la comunidad domiciliada. La primera conclusión a la que llega es que si bien las redes de las PSH suelen ser más pequeñas, este obstáculo se suple gracias a la mayor frecuencia con la que ven a sus conocidos -prácticamente el doble de lo que lo hacen los demás ancianos. En tal sentido, la cercanía física juega un papel fundamental, pues es a los vecinos y empleados que trabajan en el barrio a quienes las PSH recurren cotidianamente. En segunda instancia, los *homeless* se mueven en un mundo social más reducido -la comunidad domiciliada posee dos o tres cadenas de conocidos, mientras que en el caso de las PSH las cadenas se reducen a uno o dos ámbitos. No obstante, sus cadenas se caracterizan por ser más largas que la de los ancianos de la comunidad domiciliada, incluyendo a más personas en cada cadena.

## CUADERNOS 22

quienes residen en los edificios aledaños. Debido a que la sociedad controla la mayoría de los recursos que las PSH necesitan para sobrevivir, muchos *homeless* sobrellevan su situación manteniendo conexiones con empleadores, comerciantes, trabajadores sociales, etc. En definitiva, *"las PSH se esfuerzan por preservar o crear redes de recursos emocionales tanto como de recursos materiales, las cuales suelen sobreponerse"* (Rosenthal 1994:78). Desde ya que mantener estas redes supone una cierta habilidad social. De tal manera, diversos empleados del Ayuntamiento de Madrid ocupan un lugar importante en la cotidianidad de las PSH que viven en las inmediaciones de la plaza Isabel II. La relación con los barrenderos y jardineros que trabajan en la zona es ambigua. Por un lado, las PSH suelen protestar señalando que tales empleados municipales son los responsables de las pérdidas de sus pertenencias. Por consiguiente, para los *homeless* es fundamental lograr fundar un vínculo sólido con dichos trabajadores. Los barrenderos con los que han entablado una relación estrecha desoyen las directivas de sus superiores, distinguen las pertenencias de las PSH -sin confundirlas con la basura-, y respetan los cartones, mantas y demás objetos que encuentran.

Casi todos los miembros del grupo duermen en los diversos soportales del Teatro Real cuya fachada mira hacia la plaza Isabel II. En líneas generales, las PSH han establecido un pacto implícito con los empleados de seguridad: deben instalar sus cartones y recostarse cuando termina la función, así como despertarse relativamente temprano y despejar la zona de cartones y objetos personales. A cambio, los empleados de seguridad les permiten dormir en la fachada del Teatro. Por sobre todas las cosas, la presencia de los vigilantes garantiza una cierta protección en caso de ataques nocturnos. A su vez, la Plaza Isabel II se encuentra conectada con el resto de la ciudad a través de una parada de metro y una serie de líneas de autobuses. Varias de estas líneas inician sus recorridos en la plaza, lo cual implica que antes de iniciar un viaje algunos conductores se toman un tiempo para conversar con quienes allí residen. En más de una ocasión presencié como determinado empleado llamaba a las PSH por sus apodos o preguntaba por algún tema personal, demostrando tener un diálogo cotidiano con las PSH de Ópera. Los empleados de estos medios de transporte se convierten en un apoyo importante en invierno, ofreciendo a los *homeless* dar vueltas de forma gratuita y guarecerse simultáneamente del clima. En épocas puntuales del calendario, durante las pascuas o las fiestas de fin de año, un mercado de artesanías se instala en medio de la plaza. Entonces las relaciones se amplían, las posibilidades de conversar y conseguir beneficios materiales se multiplican. Pude verificar como Bruno obtenía dinero por parte de los diferentes artesanos que atienden los puestos al finalizar la jornada.

Algunos porteros de los edificios que rodean la plaza pueden ser una fuente de ayuda, o por lo menos constituyen la posibilidad de entablar una conversación trivial pero que supone un sentimiento de inclusión en la dinámica barrial. Durante los meses de calor, en el extremo sureste de la plaza se instala un kiosco que vende refrescos. Sus dueños llevan más de un lustro en la zona, por lo cual han establecido una relación profunda con muchas PSH. Uno de los actuales empleados es Bernardo, un hombre que vivió

muchos años en la plaza Isabel II y que conoció a sus jefes en tal contexto. Las ayudas a Bernardo no se limitaron a proporcionarle un trabajo: sus empleadores incluso le consiguieron el sitio donde, hasta el día de hoy, continúa viviendo. Por otra parte, es muy común ver a varias personas del grupo girar como satélites alrededor del espacio que ocupa el kiosco en los períodos que se encuentra abierto. Dicha situación se explica por los lazos de amistad que los unen con los dueños y empleados del local, pero también por la serie de reciprocidades que entre ellos se generan.

Los miembros de la plaza Isabel II conocen todos los almacenes de la zona. Por lo general, los comerciantes desconfían de esta gente. Las PSH poseen pocos recursos materiales, pero el problema es más profundo, implica la sospecha de que los *homeless* poseen poco de valor para intercambiar. A su vez, *"el peligro percibido de un intercambio desigual es mayor cuando el lazo es formal o su naturaleza es de mercado"* (Rosenthal 1994:78). El estigma propio de la condición de sin hogar actúa a modo de una etiqueta que el individuo lleva en su frente, fomentando la desconfianza. De tal manera, las interacciones entre las PSH y los comerciantes suelen estar filtradas por las sospechas: *"van a robar en vez de comprar, gustarán poco respecto del problema que crean por ser asociados con su negocio, etc."* (*Ibidem*:78). Pero cuando la PSH logra generar cierta confianza con el empleado que atiende el local, entonces obtiene un elemento fundamental para su precaria economía: crédito, vivir de fiado. Así lo refleja el siguiente fragmento de un cuaderno de campo.

*Todos se preguntan por qué el bar "El Trébol" continúa cerrado. Comentan que Arturo, el propietario de la panadería que está a pocos metros, todas las mañanas deja el pan en la puerta del local. Lionel va a ver, y vuelve con la noticia de que efectivamente allí está el pan. Deducen que en cualquier momento "El Trébol" abrirá sus puertas. El problema es que nadie tiene dinero, y todos esperan pues es en tal sitio donde les fian. Sebastián menciona la posibilidad de llevarse la bolle-  
ría, pero luego agrega que se trataba de una broma, que a Antonio "nunca le haría eso". Pienso que perder la confianza de Antonio, el dueño del local que les fia, sería un gran problema para esta gente (17 de Abril de 2006).*

A pesar de ello, la inestabilidad económica ha conducido al fin del fiado en varios locales. De tal manera, los lazos entre las PSH y los empleados de los comercios, al igual que muchas otras relaciones que tienen por protagonista a quienes residen en la calle, son bastante frágiles; no obstante, mientras duran constituyen rutinas y apoyos importantes para su subsistencia cotidiana (*Ibidem*).

Algunas PSH han logrado profundizar sus vínculos con los empleados o propietarios de determinados locales de comida. Ciertas casas de comida rápida representan un sitio donde aprovisionarse de las sobras, donde conseguir el periódico y asearse. Por otra parte, varios *homeless* consiguen "changas" ocasionales en los negocios de la zona. Pedro, por poner un ejemplo, durante unos meses se dedicó a descargar mercadería y otras tareas en un bar ubicado en la calle Arenal. Esta situación demuestra que no es posible escindir la economía de las redes barriales de los *homeless*. Tratándose de un grupo que se caracteriza por presentar

## EXCLUSIÓN SOCIAL, PERSONAS SIN HOGAR Y REDES BARRIALES

altas tasas de ingesta de alcohol, los bares de la zona juegan un papel fundamental en la cotidianeidad de estas personas. Spradley (1970) o Bahr (1967) plantean algo similar: para las PSH que llevan años residiendo en el *Skid Row* y tienen problemas con la bebida, la vida social pasa en buena medida por las relaciones que entablan en determinados bares. Más específicamente, dos bares ubicados próximos a la plaza se constituyen como centros neurálgicos en sus vidas. En ambos casos el empleado o dueño del comercio se muestra condescendiente con las PSH, los conoce de hace años y acepta fiarles. Allí pueden mirar televisión, recuperar el calor en los meses de frío, recargar el teléfono celular, dejar sus pertenencias durante unas horas, asearse, y por sobre todas las cosas, experimentar una sensación de "normalidad" al conversar con quien comparte la barra, etc. Como regla general, cuando no encontraba a la gente en la plaza sabía que debía remitirme a estos bares.

*Es evidente que en el bar se sienten cómodos. Me refiero a la posibilidad que este espacio les brinda de relacionarse con otras personas diferentes a las de la plaza, de pasar desapercibidos. Tal vez sea por eso que no sientan juntos, que no conversan entre ellos en tales momentos. De vez en cuando, alguno comenta una noticia de la televisión con algún cliente; supongo que la lógica que prima es que para conversar de tales temas con sus compañeros de desventura tienen el resto del día (20 de Octubre de 2005).*

El alcohol ocupa un lugar importante en las relaciones que se establecen entre las PSH de plaza Ópera, pero también entre esta gente y más de un vecino de la zona. No es casual que muchos de los vínculos entablados por estos *homeless* en el barrio se circunscriban a los vecinos con quienes comparten su afición por la bebida. Un ejemplo: Andrés es, sin duda alguna, el vecino con el que más contacto tienen los integrantes de Ópera. Este hombre afirma ser un alcohólico, y que dicho problema lo conduce a recurrentes períodos de desempleo. Si Andrés no termina de formar parte del grupo es gracias a que posee una madre que soporta sus borracheras estoicamente, sin echarlo del departamento donde viven a metros de la plaza Isabel II. Buena parte de las relaciones que la gente de Ópera ha generado han sido en los dos bares mencionados anteriormente, donde se han codeado con asiduos bebedores que, a diferencia de ellos, poseen un techo donde resguardarse por las noches. Tampoco es casual que tres integrantes del grupo de Ópera como son Alfredo, Roberto y Federico, hayan conocido a la gente de la plaza bebiendo. Cuando las desgracias se precipitaron, estos hombres eligieron a la plaza Isabel II como sitio donde pernoctar dentro del vasto mundo que es la calle. En definitiva, el alcohol es un factor que no sólo aglutina a quienes duermen en la plaza, sino también a estas PSH con algunos vecinos del barrio.

### CARACTERÍSTICAS DE LAS REDES BARRIALES DE LAS PERSONAS SIN HOGAR

Afirmar que existen relaciones territoriales no supone hacer alusión a la calidad de las mismas. Por el contrario, vivir en la calle supone experimentar un proceso de socialización ligado con una serie de límites y estigmas espaciales, entre los cuales vale la pena destacar los siguientes fac-

tores: a) los apoyos que reciben los *homeless* suelen ser ineficaces, se circunscriben a la mera adaptación; b) por consiguiente, quienes viven en la vía pública se sumergen en un círculo vicioso que difícilmente logre ser trascendido; c) los lazos que se generan desde la situación de calle se estructuran jerárquicamente; d) sus redes son erráticas, oscilan cual metáfora de la constante transformación del espacio público y la inestabilidad de sus vidas; e) finalmente, la identidad se recompone en función del entorno de exclusión.

Quienes residen en plaza Ópera han logrado fundar una serie de vínculos barriales, pero con tales ayudas sólo logran satisfacer la subsistencia cotidiana<sup>8</sup>. Los lazos que unen al individuo en situación de calle con el resto de la comunidad son débiles, pero continúan existiendo o se recomponen de acuerdo al nuevo espacio de residencia. El punto a subrayar es que no alcanzan a círculos sociales más amplios que les permitan acceder a los recursos necesarios para escapar del *sinhogarismo* (Grigsby *et al.* 1990). El apoyo que obtienen de sus relaciones es esencialmente adaptativo antes que curativo (Snow y Anderson 1993). Lo que estas redes sociales no logran resolver es el contexto de pobreza extrema<sup>9</sup>.

Además, y como reflejo de la situación de precariedad en la que se encuentra el individuo, muchos de los lazos sociales que se establecen en la calle se estructuran jerárquicamente. Las condiciones de reciprocidad igualitaria tienden a ser escasas. El contacto permanente con trabajadores sociales, psicólogos y demás empleados de los recursos sociales, son ejemplos de relaciones donde se refuerza la sensación de vulnerabilidad, en donde el sujeto no logra quitarse de encima la etiqueta de PSH. Lo mismo ocurre con los vecinos, incluso con aquellos que intentan ayudar de alguna manera, pero que simultáneamente adoptan una actitud un tanto paternalista. Buena parte de estos vínculos jerárquicos se explican por el estigma asociado con el vivir en la calle, con la dificultad por lograr un cierto grado de confianza. Lomnitz define a la confianza como una "variable psicosocial dinámica, que mide la capacidad y voluntad de dos contrayentes para intercambiar favores e información" (1975:209). La confianza constituye el cemento que cohesionan las redes de los grupos carenciados, y hace posible el intercambio recíproco esencial para la supervivencia. La confianza es la base de la reciprocidad, y esta sólo es posible en un ámbito de igualdad socioeconómica: las diferencias económicas y los desniveles en el status social "son obstáculos al intercambio recíproco tan efectivos como la distancia física y social" (*Ibidem*:212). Así, la reciprocidad depende de dos elementos: la confianza y la cercanía física.

<sup>8</sup> Al respecto Cohen (*et al.* 1988) afirma que de cada cinco relaciones en el *Skid Row*, más de tres guardan relación con el intercambio de bienes y ayudas de subsistencia.

<sup>9</sup> El *sinhogarismo* es una condición tan severa, que la afiliación no incide demasiado en el sentimiento que posee esta gente respecto del control de sus vidas. Es decir, las PSH que disfrutaban de más vínculos tienen mejor salud, obtienen más recursos, y por sobre todo minimizan las posibilidades de depresión -no se trata de un tema menor, pues la depresión suele tener efectos devastadores que obstaculizan cualquier posibilidad de finalizar con la situación de calle. Pero sus sociabilidades no permiten trascender el círculo de exclusión (La Gory *et al.* 1991).



## CUADERNOS 22

De estos dos componentes, el único que disponen las PSH, y que por ende deben explotar al máximo, es la proximidad física -el convivir en un mismo espacio-.

Al mismo tiempo, la mayoría de las veces los lazos se caracterizan por un asistencialismo extremo. Abundan los relatos donde queda claro que las relaciones barriales por lo general no superan la lógica del dar -rol ejercido por los vecinos- y recibir -papel que protagonizan las PSH-. Así lo refleja el siguiente fragmento de entrevista con un integrante de Ópera:

*P: Y con los vecinos... ¿qué tal es el trato? R: Bueno si, con los vecinos pues no hay por el momento muchos problemas. Y hay muchos que te saludan. Otro te da un par de cigarrillos. Y después hay otras cosas que no se comprenden. Por ejemplo estar durmiendo y te han dejado una bolsa de comida. Y no sabes quién, es persona anónima. Hay otro vecino que baja, y no sé a donde va él, porque jamás nos dice nada. Y te trae unos calcetines, te trae unos calzoncillos, te trae un jersey, unos pantalones (Entrevista al Jirafa, 16 de Marzo de 2005).*

De tal forma, los vínculos pierden la dimensión más personal, son siempre mediados por una desigualdad material y simbólica que, aparentemente, es imposible subsanar desde el lugar que ocupan las PSH. La relación asimétrica ubica a los *homeless* en una posición en la cual sólo pueden recibir. Vivir en la calle supone lidiar cotidianamente con un sentimiento de estigma y de baja autoestima, el cual en gran parte es consecuencia de un proceso de socialización que se organiza sobre la base de la siguiente enseñanza: la PSH no tiene nada para dar, es un mero receptor de la caridad ajena. Bajo tal premisa, Rowe y Wolch (1990) sostienen que si bien afrontar con éxito las necesidades cotidianas a partir de actividades como la mendicidad puede ser una fuente de autoestima positiva, la identidad que así se refuerza es la de uno mismo como un simple "receptor" -se remarca el elemento pasivo, la relación jerárquica-. Como nos enseñó Marcel Mauss (en Godelier 1988) al reflexionar sobre la economía del Don, todo intercambio encierra una dinámica de poder. El que da siempre está en una situación de superioridad. La mano que da siempre se ubica arriba de la que recibe, al dar se descubren las jerarquías. Extendiendo la misma lógica, Sahlins nos recuerda que "*los regalos hacen esclavos*" (1976:250).

La reciprocidad que se establece entre las PSH y sus ocasionales benefactores, en buena medida escapa al marco teórico propuesto por Sahlins (*Ibidem*) respecto del intercambio. Esta reciprocidad no se genera entre unos familiares que no buscan rédito alguno al intercambiar, por lo cual no puede ser catalogada como generalizada; tampoco implica la búsqueda de un beneficio material por parte de los dos componentes del intercambio, motivo que lleva a rechazar la posibilidad de etiquetarla como equilibrada o negativa. La imagen de quien se desprende de unas monedas, frente a otro individuo que se limita a agradecer el acto de desprendimiento, más bien recuerda a Mauss (en Godelier 1988) y sus escritos sobre el Potlatch. De tal manera, el donante pierde algo de dinero -poco- y obtiene reconocimiento a cambio; mientras que la PSH consigue algo de dinero -poco- perdiendo bastante de autoestima, soportando

el consiguiente estigma como contrapartida. En el vínculo que se establece entre la PSH y el vecino que se aproxima para ayudar, cada uno desempeña su papel y adquiere la legitimidad que le corresponde: sentado en el asfalto, la PSH agradece humildemente lo que le ofrecen; el vecino, mirándolo desde arriba pues permanece de pie, se marcha recubierto de un halo de prestigio. En definitiva, tal como se expresa en la siguiente nota de campo, las relaciones sociales existen, pero se encuentran mediadas por las jerarquías y el paternalismo.

*A eso de las 24 horas, y mientras camino por la Gran Vía, detecto a María sentada en un banco. Una pareja de turistas deambula por la zona. El hombre paró, sacó unas monedas de su bolsillo, y las dejó sobre los cartones de la mujer. María no estaba mendigando, por lo cual reaccionó diciendo dos veces "no las quiero" -la segunda se expresó gritando-. Pero el turista ya había dejado su dinero. Me llama la atención que la respuesta automática del señor -que evidentemente se aproximó con buenas intenciones- haya sido dejar dinero ante una persona con aspecto de sin techo, sin siquiera preguntarle si quería el mismo. A pesar de que el turista pretendía ayudar a la mujer, su gesto también podría ser interpretado como terriblemente ofensivo para alguien que, como en el caso de María, rechaza la mendicidad por considerarla indigna (7 de Marzo de 2005).*

El asistencialismo forma parte de un contexto más amplio, de una cultura que se organiza sobre la base de una serie de valores y orientaciones cognitivas que prescriben cómo la sociedad concibe y actúa frente a la pobreza. De acuerdo con el criterio de normalidad y orden con el cual se rige, cada sociedad moldea a las poblaciones desfavorecidas según su propia imagen, explica su presencia y función social de diferentes maneras, así como adopta distintas estrategias de intervención (Bauman 2003). Por lo tanto, el asistencialismo no se limita simplemente a quienes se desempeñan en los recursos sociales, sino que también abarca a los vecinos, a los voluntarios de las ONGs, a todos aquellos que, con la mejor de las intenciones, se acercan a ayudar "a aquel pobre cristo". El siguiente cuaderno de campo ilustra la reacción de un *homeless* al verme participar en una ONG denominada "Solidarios para el Desarrollo", la cual gira por diversos puntos de la ciudad durante la noche, ofreciendo café, sándwiches, y diversos tipos de ayuda a las PSH.

*Aparece un hombre cargando una enorme mochila, de la cual se desprende un saco de dormir. Al verlo, asocio su imagen con la de un turista y no con la de alguien que pasará la noche en la calle (...) Con ironía, el primer comentario que hizo al verme con el termo de café en la mano fue: "¿pero tú qué eres, una especie de ángel?". Reproduzco este comentario porque creo que dice mucho sobre la visión que algunas PSH pueden tener sobre los voluntarios, así como el tono jerárquico subyacente -el ángel es un ser superior y protector, repleto de bondad, que desciende del cielo a un paisaje próximo al infierno para ayudar al desvalido. Para este hombre, o por lo menos desde su sentido del humor, yo parecía ser "un termo alado y celestial" (23 de Octubre de 2006).*

Las PSH forman parte de dicha cultura asistencial;



## EXCLUSIÓN SOCIAL, PERSONAS SIN HOGAR Y REDES BARRIALES

más aún, desde su caída en desgracia, si no antes, iniciaron un proceso de socialización centrado en dichas pautas paternalistas. De tal manera, muchos de estos sujetos adoptan el rol que les ha sido asignado en la relación asistencial. Ello es visible en cómo, en más de un caso, los sin techo buscan aprovechar hasta las últimas consecuencias la buena voluntad de determinados conocidos que se erigen como una "especie de padrinos". Me refiero a personas que disfrutaban de un domicilio y que actuaban como benefactores de determinados *homeless*<sup>10</sup>. Claro que dichas relaciones son bastante efímeras, acaban de forma unilateral en el mismo instante en que el benefactor se cansa de su rol. De tal manera, las redes suelen ser erráticas, lo cual implica una inestabilidad permanente. Debido al espacio en el que viven, las redes y las rutinas cotidianas apuntan a cubrir las necesidades inmediatas. Es así que muchos contactos se pierden, llevando a la necesidad de localizar nuevas fuentes de apoyo, lo cual a su vez desvía energías respecto de posibles estrategias que apunten al largo plazo. El resultado es la prolongación del *sinhogarismo* y una transformación de la identidad y la autoestima (Rowe y Wolch 1990).

*Paso frente al bar "El Barrilete" y lo veo cerrado. Cuando se lo comento a Bruno, me responde que ya hace unas semanas que lo han cerrado pues perdían dinero. Atribuye la mala gestión a la forma en que se comportaban los empleados -permitían que demasiadas PSH pasen el día entero en el local-. En todo caso, así ha concluido una de las fuentes de apoyo para más de una PSH, lo cual refleja cómo la evolución de la vía pública condiciona la vida de esta gente. En tal bar habían logrado unas redes de subsistencia y cotidianidad. Con el cierre, se ven forzados a encontrar un espacio similar: a generar nuevos lazos en otro comercio en donde puedan conseguir dinero a cambio de algún trabajo puntual, poder consumir gracias al fiado, un espacio que permita diseccionar el día y escaparle al tedio de la calle, etc. (5 de Octubre de 2006).*

A MODO DE CONCLUSIÓN: CONSECUENCIAS POLÍTICAS DE INTERPRETAR LOS PROCESOS DE DESVENTAJAS SOCIALES EN TÉRMINOS DE DESAFILIACIÓN

Como se sostuvo a lo largo del artículo, las teorías sobre la exclusión social y los modelos de explicación del *sinhogarismo* coinciden en un punto: la noción de desafiliación estructura el modo en que ambas interpretan los procesos de desventajas sociales. De tal manera, la exclusión es concebida como el quiebre de las sociabilidades primarias, como una falta de arraigo territorial que genera la desconexión de determinados individuos respecto de las estructuras sociales. En el primer apartado se realizaron algunas críticas a los enfoques basados en la desafiliación. En primer lugar, no todas las PSH se encuentran tan desconectadas de los vínculos sociales primarios como suele afirmarse. Pero el acento recayó en

otro tipo de cuestionamientos: las visiones de "los excluidos" como seres aislados en buena medida son consecuencia de las metodologías con las que suelen trabajar los teóricos de la desafiliación -las encuestas sociológicas o psicológicas-, así como responden a una perspectiva institucional de las relaciones sociales. Por consiguiente, a modo de hipótesis se sostuvo que el éxito rotundo de las teorías de la exclusión ha supuesto una atención desmesurada sobre los procesos de ruptura, impidiendo considerar cómo los lazos sociales se recomponen en un contexto de penurias.

Es por ello que el objetivo del artículo ha consistido en analizar los procesos de reafiliación de un grupo de PSH. De tal modo, el segundo apartado fue organizado buscando describir la conformación de redes barriales en plaza Ópera. Los vínculos que las PSH tejen en dicho territorio, conectándose con determinados vecinos que residen o trabajan en los alrededores, les facilitan la subsistencia material, les permiten una cierta adaptación emotiva a partir de la cual lidiar con el dolor inherente a residir en un espacio estigmatizado como es la calle.

Sin embargo, afirmar que existen redes sociales no es sinónimo de elogiar a las mismas. Es por ello que el último apartado supuso caracterizar las redes territoriales de las PSH en plaza Ópera. La cotidianidad en un entorno repleto de límites espaciales y materiales, así como altamente estigmatizado, implica un proceso de socialización según el cual los vínculos sociales tienden a: circunscribirse a la mera subsistencia; ser ineficaces en cuanto a la posibilidad de conectarse con recursos que les permitan acabar con la situación de *sinhogarismo*; estructurarse jerárquicamente. A su vez, las redes que se crean son erráticas, frágiles e inestables. La identidad y los lazos sociales se recomponen en un contexto particular, como es la calle. El grado de repetición de los sucesivos recorridos cotidianos incide en la conformación de la identidad personal. Cuanto más se reiteran dichos itinerarios, más peso tendrán en la definición del *self*. El punto es que las rutinas que más se repiten son las que caracterizan al mundo social de los *homeless*: el contacto permanente con otras PSH; la conexión con algunos vecinos o con los empleados de los recursos sociales, basada en una serie de jerarquías que posicionan a la PSH en una situación de inferioridad, etc. Cuando pasan los años, dicho proceso de reafiliación conlleva a que la identidad se recomponga en función del entorno de exclusión; a partir de entonces, el círculo que encierra al sujeto en la situación de calle termina de cerrarse.

Tal como se sostuvo anteriormente, interpretar los procesos de desventajas sociales en términos de desconexión extrema no sólo supone consecuencias epistemológicas, sino también políticas. El discurso oficial -el de los trabajadores, psicólogos y educadores sociales del Ayuntamiento de Madrid- suele plantear que los procesos de reinserción pasan por el ingreso de las PSH en la esfera de los servicios sociales, para que luego sigan el itinerario trazado por los expertos en la materia. Desde tal lógica, quienes rechazan la relación con dichos recursos son tildados como individuos "cronificados"; es decir, se los imagina como personas que no lograrán escapar del *sinhogarismo*, hombres solitarios a la deriva por la ciudad. La paradoja reside en que son las redes sociales que las PSH han tejido en el barrio las que

<sup>10</sup> Escudero Carretero (2003) menciona la existencia de protectores en el caso de más de una mujer sin hogar. De modo similar, Cohen (*et al.* 1988:63) plantea que "en algunos casos, la formación del grupo gira en torno a la figura de un padre que provee asistencia a los hombres de la calle".

## CUADERNOS 22

les permiten evitar el contacto con los servicios sociales. Es decir, es su estructuración en un territorio puntual el que los lleva a sobrevivir y adaptarse al entorno, así como les dificulta iniciar lo que dicho discurso oficial denomina como "un proceso de reinserción social".

## BIBLIOGRAFÍA

Abrahamson, P.

1997. Exclusión social en Europa: ¿vino viejo en odres nuevos? En: *Unión Europea y Estado de Bienestar* págs. 117-141. Moreno, L. (comp.). Madrid, Concejo de Investigaciones Científicas (CSIC), Instituto de Estudios Avanzados.

Bahr, H.

1973. *Skid Row: An introduction to disaffiliation*. New York, Oxford University Press.

Bahr, H.; Sternberg, D. y Caplow, T.

1967. Drinking, Interaction and Identification: notes on socialization into Skid Row. *Journal of Health and Social Behavior* 8,(4):272-285.

1968. Homelessness En: *Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales* págs. 613-618. New York, Macmillan.

Bauman, Z.

2003. *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*. Barcelona, Gedisa.

Cabrera Cabrera, P. J.

1998. *Huéspedes del aire. Sociología de las personas sin hogar en Madrid*. Madrid, Universidad Pontificia de Comillas.

Castel, R.

1997. *La metamorfosis de la cuestión social*. Buenos Aires, Paidós.

Cohen, C.; Teresi, J.; Holmes, D. y Roth, E.

1988. Survival strategies of older homeless men. *The Gerontologist* 28,1(Feb.):58-65.

Delgado, M.

1999. *El animal público*. Barcelona, Anagrama.

Elías, N.

1998. Ensayo teórico sobre las relaciones entre establecidos y marginados En: *La civilización de los padres y otros ensayos* págs. 79-138. Elías, N. Bogotá, Norma.

Escudero Carretero, M. J.

2003. *Mujeres sin hogar en Granada. Un estudio etnográfico*. Granada, Universidad de Granada, Instituto Andaluz de la Mujer, Colección Feminae.

Gaulejac, V. y Taboada Leónetti, I.

1994. *La lutte des places. Insertion et désinsertion*. Marseille, Ed. Hommes et Perspectives.

Godelier, M.

1988. *El enigma del Don*. Barcelona, Paidós.

Goffman, E.

2001. *Estigma: la identidad deteriorada*. Buenos Aires, Amorrortu.

Grigsby, C.; Bauman, D.; Gregorich, S. E. y Roberts-Gray, C.

1990. Disaffiliation to entrenchment: a model for understanding homelessness. *Journal of Social Issues* 46,(4):141-156.

La Gory, M.; Ferris J. R. y Fitzpatrick, K.

1991. Homelessness and affiliation. *Sociological Quarterly* 32,2:201-218.

Liebow, E.

1993. *Tell them who I am. The lives of homeless women*. New York, Penguin books.

Lomnitz de Adler, L.

1975. *Como sobreviven los marginados*. México D. F., Siglo XXI.

Martínez Pérez, A.

1997. *La Gran Vía o la etnografía de un paseo*. Tesis Doctoral, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Complutense de Madrid, MS.

Muñoz, M.; Vázquez, C. y Vázquez, J. J.

2003. *Los límites de la Exclusión. Estudio sobre los factores económicos, psicosociales y de salud que afectan a las personas sin hogar en Madrid*. Madrid, Témpera y Caja Madrid.

Paugam, S.

2007. *Las formas elementales de la pobreza*. Madrid, Alianza.

Quaglia, M.

2005. L'espace public, scène de la vie quotidienne des personnes sans domicile En: *Les SDF visibles, proches, citoyens* págs. 119-178. Ballet, D. (Dir.). París, Presses Universitaires de France.

Rosenthal, R.

1994. *Homeless in Paradise. A map of the terrain*. Philadelphia, Temple University Press.

Rowe, S. y Wolch, J.

1990. Social Networks in Time and Space: Homeless Women in Skid Row. *Annals of the Association of American Geographers* 80,(2):184-204.

Sahlins, M.

1976. Economía Tribal. ¿Neo-evolucionismo o Marxismo? En: *Antropología y Economía* págs. 223-259. Godelier, M. (Comp.). Barcelona, Anagrama.

Silver, H.

1994. Exclusión social y solidaridad social: Tres paradigmas. *Revista Internacional del Trabajo* 133,5-6:607-662.

Snow, D. y Anderson, L.

1993. *Down on their luck. A study of homeless street people*. Los Angeles, University of California Press.

Spradley, J. P.

1970. *You owe yourself a drunk. An ethnography or urban nomads*. Illinois, Waveland Presses.

Vilasagra Ibarz, J.

2000. Los debates sobre pobreza urbana y segregación social en Estados Unidos. *Scripta Nova* 76 (4). Revista Electrónica de geografía y Ciencias Sociales

Wolch, J.; Rahimian, A. y Koegel P.

1993. Daily and periodic mobility patterns of the urban homeless. *Professional Geographer* 45,(2):159-169.

Wolch, J. y Rowe, S.

1992. On the streets: mobility paths of the urban homeless. *City and Society* 6,(2):115-140.